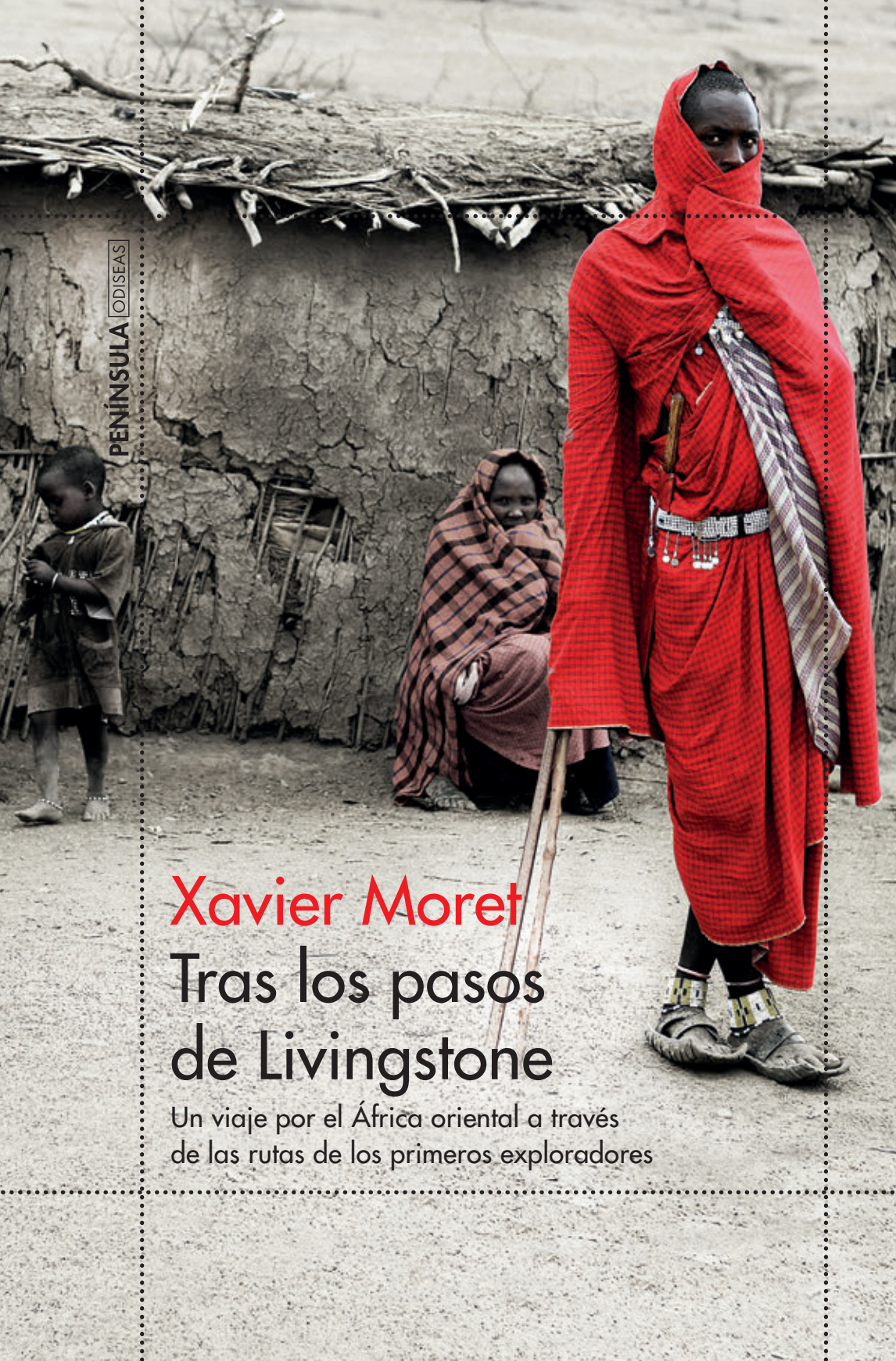


PENINSULA ODISEAS

# Xavier Moret

## Tras los pasos de Livingstone

Un viaje por el África oriental a través  
de las rutas de los primeros exploradores



# Tras los pasos de Livingstone

## Xavier Moret

Un viaje por el África Oriental a través de las rutas  
de los primeros exploradores

*ediciones península*

© Xavier Moret i Ros, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2019

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019

Ediciones Península  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B-27.563-2018  
ISBN: 978-84-9942-768-3

## ÍNDICE

Cronología	15
Prefacio	19

### PRIMERA PARTE ZANZÍBAR

1. Desde la terraza del Africa House	25
2. Navegantes, negreros, esclavos y sultanes	31
3. De los exploradores al turismo de masas	39
4. Míster Apellidos Nombre	49

### SEGUNDA PARTE TANZANIA

5. Las ruinas de Bagamoyo	59
6. Los caminos inciertos de los exploradores	69
7. «El doctor Livingstone, supongo»	75
8. La batalla del lago Tanganica	81
9. Los chimpancés de Jane Goodall	89
10. Un largo viaje en autobús	99
11. Navegando por el lago Victoria	109

## TRAS LOS PASOS DE LIVINGSTONE

### TERCERA PARTE

#### UGANDA

12. Las tumbas del reino de Buganda	121
13. Lío de dólares en Kampala	129
14. Las fuentes del Nilo	137
15. Carreteras africanas	145
16. El gran espectáculo de las cascadas Murchison	153
17. Los dos Nilos en Jartum	161
18. Un país llamado Ecuatoria	169
19. En las Montañas de la Luna	175
20. Los leones trepadores de Ishasha	183
21. Los gorilas de montaña de Bwindi	189
22. La calma del lago Bunyonyi	199

### CUARTA PARTE

#### KENIA

23. El nacimiento de Nairobi	207
24. El Lunatic Express	215
25. Thika y los primeros colonos	221
26. Un barrio llamado Karen	229
27. La miseria de Kibera	237
28. El paraíso de Lamu	247
29. Por tierras masái	259
30. De safari por Masai Mara	271
31. Los elefantes de Amboseli	281

### QUINTA PARTE

#### TANZANIA, DE NUEVO

32. Las nieves del Kilimanjaro	291
33. De safari <i>low cost</i>	301
34. El mundo perdido del Ngorongoro	309

## ÍNDICE

- |                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| 35. La inmensidad del Serengueti     | 317 |
| 36. Olduvai, la cuna de la humanidad | 325 |

## SEXTA PARTE

### CONGO

- |                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| 37. Goma, la ciudad más desgraciada | 333 |
| 38. Una mirada al infierno          | 343 |
| Bibliografía                        | 353 |

## DESDE LA TERRAZA DEL AFRICA HOUSE

La terraza del Africa House, antiguo club de los oficiales británicos en la isla de Zanzíbar, es el lugar ideal para contemplar la puesta de sol en Stone Town. Allí se concentraban los *hippies* la primera vez que estuve en la isla, en los años noventa, con una cerveza Kilimanjaro sobre la mesa, un porro en la mano y una sonrisa líquida en los labios. Me gustaba el desorden que reinaba en aquella terraza, y también la variedad de modelos de sillas (no había dos iguales), el andar cansino de unas camareras que no disimulaban sus nulas ganas de trabajar y el buen rollo que solía flotar en el ambiente.

El paisaje que se divisaba, de tan perfecto parecía un decorado: un mar azul turquesa que se iba tiñendo sin prisa de dorado, un sol que naufragaba en un apocalipsis de nubes rojizas, un *dhow* que paseaba a contraluz su elegante vela latina y la isla de la Prisión rompiendo la línea del horizonte con un penacho de palmeras que parecía escapado de un dibujo de paraísos tropicales. Cuando el ocaso lo merecía, la sociedad *hippy* de Zanzíbar tenía a bien celebrarlo con un aplauso sin estridencias y unas dosis extras de humo.

Zanzíbar ha cambiado mucho desde entonces. Con la llegada del siglo XXI, el turismo de masas desembarcó en la isla y el Africa House se convirtió en un hotel de lujo donde porteros unifor-

mados impiden el paso a haraganes y sospechosos de *hippismo*. La clientela, ahora más elegante, sigue gozando de atardeceres sublimes, pero la cerveza ha cedido el paso a cócteles sofisticados, los porros han sido desterrados por espurios y se considera vulgar aplaudir la magia de la puesta de sol.

Sea como sea, pienso que el Africa House es un buen lugar para empezar un libro sobre África. El nombre, de entrada, lo acredita. El edificio de gruesos muros encalados se construyó en 1888 y es fácil imaginar en sus amplios salones a sudorosos oficiales británicos, acompañados de sus lánguidas esposas, combatiendo el calor y el tedio del trópico a base de *gin-tonics*, una bebida con quinina avalada por el Imperio británico como ideal contra la malaria, y unas dosis más o menos civilizadas de adulterio.

El elegante baile de Nochevieja, que congregaba antaño a la colonia más selecta de la isla, era la gran cita anual del Africa House. En 1964, sin embargo, con el fin del Protectorado, los británicos abandonaron la isla, el glamur se esfumó y el histórico edificio entró en una lenta decadencia que solo cesó cuando inversores extranjeros decidieron restaurarlo y decorarlo con muebles de estilo supuestamente africano, costosas telas orientales, lámparas marroquíes y clientes de elevado poder adquisitivo.

La primera vez que viajé a Zanzíbar fue persiguiendo el rastro volátil de un sueño. Llevaba un par de semanas recorriendo el norte de Tanzania cuando una noche soñé con una larga playa de arena blanca, luz cegadora y palmeras que se inclinaban suavemente sobre un maravilloso mar azul turquesa. Cuando me desperté, eché una ojeada al mapa y enseguida supe cuál sería mi próximo destino: Zanzíbar.

La visión del nombre fue suficiente para evocar aquella isla con forma de lágrima que formó parte de mis sueños de adolescencia. Había cometido el pecado de olvidar Zanzíbar, pero



de repente la isla regresaba con fuerza, como una promesa de felicidad a corto plazo. Empaqueté mis cosas, me despedí de mis amigos de Arusha y me dirigí a la caótica estación para subirme a un autobús que me llevara hacia el sur.

Fue aquel un viaje muy africano, en un autobús destartado inmerso en una somnolienta monotonía que se encargó de romper un inoportuno pinchazo que el conductor y su ayudante tardaron más de una hora en arreglar. Los resignados pasajeros nos refugiamos bajo la generosa sombra de una gran acacia, desde donde podíamos ver cómo el tiempo se deshacía en pedazos. Hacía mucho calor, había moscas por todas partes y no parecía que quedara lugar para el optimismo, pero mientras yo me lamentaba de nuestra mala estrella, un tanzano comentó con una sonrisa: «Hemos tenido suerte de pinchar cerca de esta acacia». Sus palabras me demostraron, una vez más, que los africanos prefieren casi siempre ver el lado positivo de las cosas. Sin la sombra de aquella acacia, era evidente que la larga espera hubiera sido mucho peor.

Cuando con la última luz del día llegamos a Dar Es Salaam, la capital de Tanzania me pareció un gran zoco desordenado y polvoriento, con calles llenas de socavones, coches destartados, la estatua de un *askari* perdida entre el intenso tráfico, una multitud que caminaba con prisa y degradados edificios coloniales.

Pasé la noche en una maltrecha pensión de Maktaba Street y al día siguiente me embarqué en un viejo ferri de fabricación soviética que me llevó en unas tres horas al destino soñado: Zanzíbar.

Ansioso por ver la isla, permanecí en cubierta durante toda la travesía. Al llegar a alta mar, el mar se pobló de unos mínimos islotes coralíferos; algunos eran tan solo un brazo de arena blanca que asomaba al bajar la marea como una tierra secreta provista de un extraño fulgor, con estrellas de mar y trozos de coral esparcidos como al azar, pero también los había con tan solo una o dos palmeras que eran como un boceto mínimo del paraíso.

Zanzíbar se anunció primero como una fina línea de sombra apenas intuida en el horizonte, pero fue cobrando entidad poco a poco hasta definir el perfil de una costa baja, iluminada por una lechosa luz tropical que envolvía palmerales, playas, cabañas y palacios con un velo sutil que parecía rescatar el paisaje de un sopor inmemorial. Cerré los ojos y afiné el olfato, tratando de detectar el olor a especias que, según los cronistas antiguos, guiaba a los navegantes en el pasado, pero solo me llegó un fuerte hedor a petróleo. Aprendí la lección: el paso del tiempo puede ser inmisericorde, incluso en las islas soñadas. Por fortuna, el navegar de los *dhow*s —faluchos de vela triangular que se deslizan inclinados sobre el agua— evocaba los tiempos en que Zanzíbar era un paraíso lejano.

Confieso que experimenté cierta decepción cuando, con la mochila a la espalda, eché a andar por los alrededores del puerto. No podía ser que Zanzíbar fuera aquel desorden de casas ruinosas y de hierros oxidados; incluso la playa, repleta de escombros y despojos, hedía como un inmundo vertedero. Seguí caminando, sin embargo, hasta llegar a Stone Town, la parte de la capital bautizada siglos atrás como Ciudad de Piedra para distinguirla de los poblados de chozas en los que vivía la población suajili.

Allí todo cambió. Sentí un leve escalofrío, como si me estuviera adentrando en el dominio incierto de los sueños, y descubrí alborozado que aquel laberinto de calles angostas encerraba el Zanzíbar de mi imaginario adolescente. Allí estaba, por fin, la isla exótica en la que se mezclaban los ecos de un glorioso pasado árabe con las raíces africanas, el rastro de la efímera presencia portuguesa y los palacios levantados por los sultanes omaníes. Zanzíbar me pareció una isla al margen del tiempo donde no debía de ser extraño cruzarse con aventureros como el gran Corto Maltés.

Deambulé sin mapa por Stone Town, fascinado por los angostos callejones, los jardines secretos, los palacios orientales, las ventanas con celosías y las grandes puertas de madera noble, hasta que desemboqué en una plazoleta presidida por un palacio que me subyugó: el Spice Inn. Era, según me dijeron, una de las pensiones más antiguas de la isla, aunque, como tantos otros edificios, llevaba bastante tiempo en declive. De todos modos, sus cinco plantas pintadas de azul celeste, con largos balcones de madera alineados en la fachada, desprendían un encanto oriental al que no supe resistirme.

—Solo nos queda libre la *suite* —me indicó en recepción un muchacho desgarbado tras repasar una gran libreta llena de notas y tachaduras.

Pensé, dado lo exiguo de mi presupuesto, que allí terminaba mi relación con el Spice Inn, pero cuando me informó del precio —veinte dólares— no dudé en registrarme.

Mientras el muchacho copiaba mi nombre con una lentitud exasperante, a una velocidad similar a la de una cucaracha que se paseaba con descaro por encima de la mesa, me fijé en que el calendario de pared llevaba dos años de retraso y que los escasos libros de los estantes, con las páginas comidas por las polillas, eran ajadas ediciones inglesas de los años veinte y treinta. Por lo visto, la época dorada del hotel se remontaba al tiempo del Protectorado británico, cuando comerciantes europeos que podrían haber escapado de una novela de Joseph Conrad hacían escala en la isla para comprar especias o para quién sabe qué asuntos inconfesables.

Cuando por fin conseguí abrir el herrumbroso candado de la *suite*, me encontré con un amplio y desordenado espacio, con varias ventanas de arco oriental, un suelo de madera maltratada por la humedad, dos camas con mosquiteras agujereadas, un tresillo que no encajaba con nada y un ventilador que daba vueltas con una evidente desgana, como si estuviera agonizando.

No puedo decir que fuera la habitación más acogedora del mundo, pero desde el primer momento me gustó su halo de decadencia, la idea que transmitía de que aquello era más un decorado de tiempos pretéritos que un lugar real. El mundo animal estaba representado por unas cucarachas, sin duda parientes de la que había visto en recepción, y una nube de mosquitos que parecían estar afilando sus armas ante la cercanía de la noche.

La larga balconada de madera compensaba, por fortuna, tanta dejadez. Me senté en una silla coja y permanecí allí, acodado en la barandilla, durante más de una hora, atento al vibrante latido de Stone Town y embelesado ante una vista que desembocaba en un mar de un deslumbrante azul que se intuía a lo lejos, entre un desorden de tejados de lata oxidada que ilustraba hasta qué punto Zanzíbar se sitúa a medio camino entre un sueño erigido durante siglos y la dura realidad del presente africano.